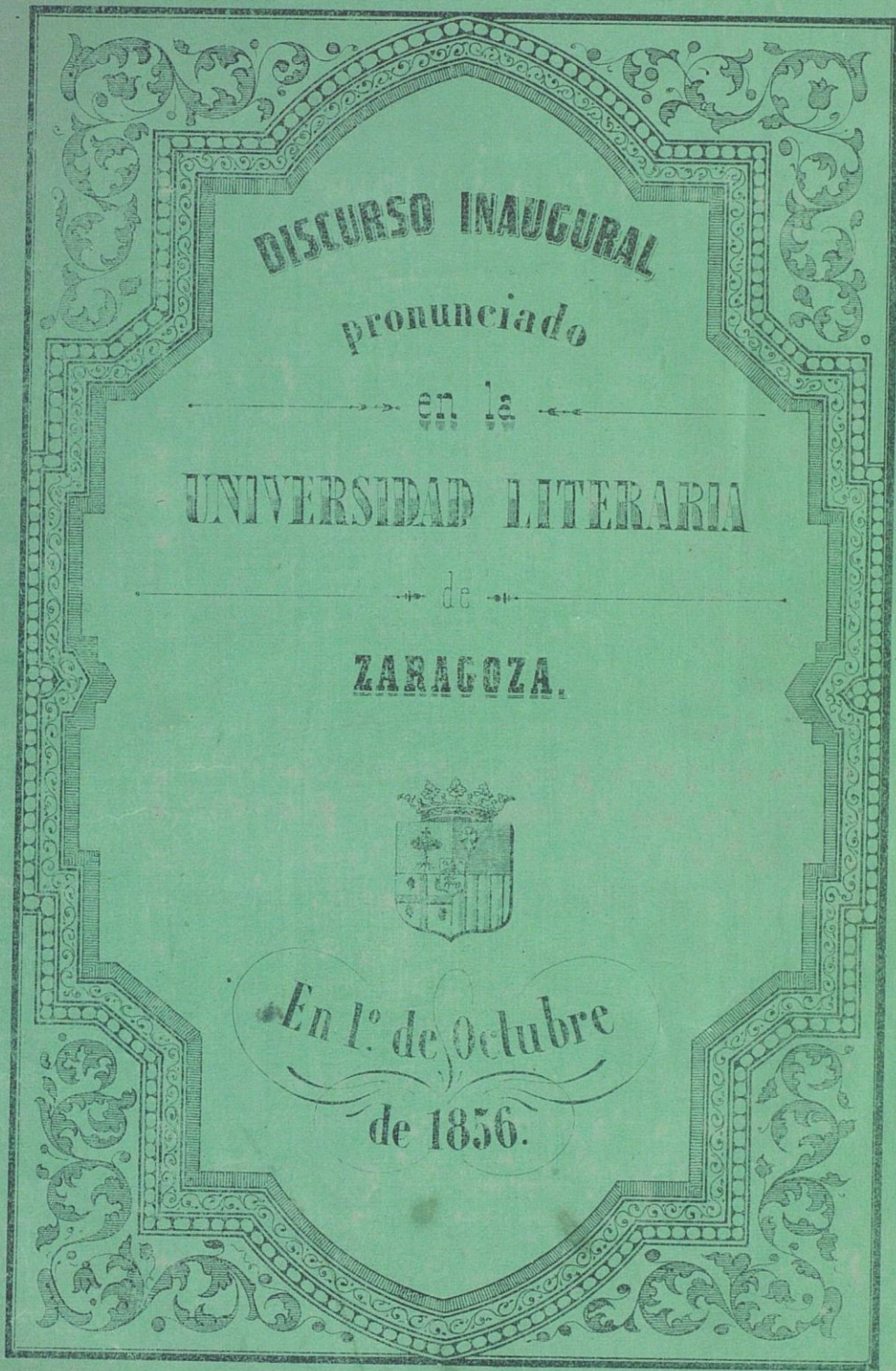


20 A-201-8 *A. D. Luciano Amijo*
su amigo
Nedro Amijo
[Signature]



20

A-201-8

J. D. Luciano Amigo

M. Amigo

M. Amigo

[Signature]

DISCURSO INAUGURAL

pronunciado

en la

UNIVERSIDAD LITERARIA

de

ZARAGOZA.



En 1.º de Octubre
de 1856.

12. Dec. 1891

1891

1891

1891

T 474503

C 2293964

A-201-8

R. 30.232

DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LOS ESTUDIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

pronunció

EN 1.º DE OCTUBRE DE 1856

el Presbítero D.º D. Pedro Berroy,

Catedrático y Decano

de la Facultad de Jurisprudencia.



ZARAGOZA.

Imprenta y Litografía de Mariano Peiro.

1856.

UNIVERSITY OF MICHIGAN

THE LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF MICHIGAN

IN THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

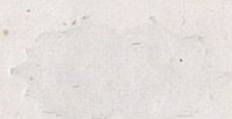
1831

IN THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

IN THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

IN THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

IN THE UNIVERSITY OF MICHIGAN



UNIVERSITY OF MICHIGAN

IN THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

1831



Illmo. Sr.

Despues de los brillantes discursos que en los años anteriores hemos tenido el placer de oir en boca de los sabios profesores que me han precedido desempeñando este cargo en la solemne inauguracion de nuestros estudios, seria en mi una temeridad, presentarme ahora en este imponente sitio, y ante un concurso tan conocedor como amante de las letras, con pretensiones, ni aun esperanzas siquiera, de llenar cumplidamente mision tan sublime. Tanto mas, cuanto que el campo literario de que precisamente hemos de tomar el objeto de tales discursos, se vá reduciendo; sus mejores flores han sido cogidas ya por los oradores que me han precedido, y engalanadas todavia con toda la

pompa y esplendor del saber, del genio, y del buen gusto.

Inescusable, pues, seria en mí de todo punto acometer con tan débiles fuerzas tamaña empresa, si á tal altura me atreviese á subir en alas solo de mi voluntad: pero es todo lo contrario; la obediencia debida me precisa á ello, y creo que esto basta para decidirme á dirigir mi débil palabra á tan insigne auditorio, que considero tan complaciente ahora como siempre é indulgente como el que mas.

Y como quiera que el objeto de tales discursos no sea otro que estimular mas y mas al estudio de las ciencias y las letras á esa juventud brillante, hábida de gloria, y entusiasmada por su belleza, señalándole sus mejores caminos y apercibiéndola de los escollos en que pudiera fracasar, es oportuno ante todo atender al estado actual de las mismas, á sus circunstancias, á su porvenir. Y si para estimar acertadamente todo esto, echamos una rápida ojeada sobre su origen, vicisitudes y progresos, hallaremos que el carácter de las ciencias ha ido poco á poco despojándose de aquel antagonismo acre, de aquel exclusivismo intolerante, con que las antiguas escuelas se combatían furiosamente, fiando su razon de sus pulmo-

nes, segun la enérgica espresion de uno de nuestros poetas satíricos. No, no son ya los hombres de letras, el *genus irritabile vatum*, que creia ver en cada semejante un rival odioso, y casi un enemigo; por el contrario el espíritu de asociacion y de mutuo auxilio cunde por todas partes, y estien- de sus alas protectoras sobre las infinitas clases y corporaciones de los hombres estudiosos.

Al combate destructor sucede el auxilio que fortalece, al aislamiento que mata el genio, la sociabilidad que lo vivifica. Y al través de este fenómeno inegable, ¿no veis la infalibilidad, la omnipotencia de la gran ley del cristianismo, de la caridad, que por doquiera se infiltra, que siempre triunfa, llevando el consuelo á los hombres desavenidos, y estampando en sus corazones agitados por el impetuoso huracan de las pasiones su lema inmortal y divino «amaos los unos á los otros?»

Y vedme naturalmente colocado en un punto al que la tendencia universal, el espíritu de nuestro ilustrado Gobierno en todas sus notables disposiciones desde la grande innovacion que la instruccion pública sufrió en 1845: y hasta el carácter de mi sagrado ministerio, y las tendencias naturales de mi corazon no podian menos de conducirme.

Apoyar ese espíritu de union y sociabilidad que es la mejor prueba de los adelantos de la verdadera instruccion, desterrar para siempre el ridículo antagonismo, sustituyendo en su lugar la discusion tolerante, *sine ira et studio*, recomendar el santo consorcio de las ciencias y las letras, de los estudios amenos, con los serios, graves y profundos, esta creo ser la mision mas propia de mi posicion, mas análoga al estado de nuestra instruccion, mas al alcance de todos, y menos difícil de consiguiente á mis débiles fuerzas.

La primera observacion que se ofrece en el desenvolvimiento de esta idea es su novedad, ó sea la diferencia que ofrece comparativamente con lo que suele ser por lo comun, objeto de estos discursos. Que los estudios amenos y festivos, que ciertos ramos particulares de las ciencias exactas, hayan venido repetidas veces en semejantes ocasiones ostentando su carta de ciudadanía en la república literaria, y haciendo valer sus fueros entre los estudios graves, que de inmemorial se hallaban en posesion de ser objeto de la enseñanza universitaria, eso se comprende facilmente; pero que estos últimos estudios necesiten de un nuevo encomio, de una recomendacion especial ¿cómo así?

¿Es que su importancia se ha amenguado? ó se teme su decadencia? Nada de eso, antes al contrario, esa misma armonía, esa misma reunion de los diferentes ramos del saber humano, que antes parece andaban entre nosotros algun tanto separados, ó al menos no tan oficialmente unidos como ahora para la enseñanza universitaria, exige tambien que los encomios justamente prodigados á ciertos estudios amenos, hasta que han conseguido entre nosotros una posicion tan ventajosa, se dirijan alguna vez á las ciencias profundas, á los estudios serios, por mas que ya de antiguo estuviesen en pacífica posesion de ello, por mas que su importancia sea notoriamente imperecedera: que es muy facil en el hervor de la juventud dejarse arrebatarse por el entusiasmo mas allá de lo justo, es decir con olvido, ó desvío de lo que no se debe jamás olvidar, ni tener en menos; y no siempre se halla en esa época la ocasion mas oportuna para oír los consejos de la prudencia. Ello es innegable, que los notables fenómenos, los casi prodigios de las ciencias exactas no pueden menos de arrebatarse el férvido entusiasmo de la ardiente juventud, y los encantos de la poesía, y demas bellas letras, es imposible que dejen de halagar la edad en que empieza á desar-

rollarse el germen de las pasiones. Sea en buen hora: entregaos, jóvenes estudiosos á tan amenas tareas: bajo la prudente y sabia direccion de vuestros ilustrados maestros; pero que ese halago, ese encanto que os fascina, que os arrebatá, no sea capaz de amenguar el amor á los estudios graves y severos; que no engendre jamás el placer de los primeros, como alguna vez hemos tenido ocasion de observar, y cuya preocupacion debemos combatir, el hastio de los segundos.

Es verdad que ese espíritu de frivolidad y ligereza, único donde puede caber tal preocupacion, vá afortunadamente desapareciendo, á medida que se progresa en la verdadera y sólida instruccion; sucediendo en este punto lo mismo que con la impiedad y la vulgaridad, ya muerta á manos del ridículo, de que el catolicismo es poco favorable á las obras y estudios que brillan especialmente por los rasgos del genio y vuelo de la imaginacion. ¡Privilegio grande de la verdad! Cuanto mas se la ataca, mas vigorosa sale siempre de la pelea; cuanto mas densas nubes se procuran oponerle, con mas fuerza brilla despues de la tormenta su sol esplendidísimo. Por eso en el mundo de los sabios la moda de la impiedad pasó ya, y nadie que se



estime en algo á si propio se atrevería, no digo ante una reunion de tales, sino ni aun ante una familia decentemente educada, á repetir las irreligiosas chanzonetas de Voltaire, y sus secuaces; y nadie se atrevería ya á decir que el catolicismo es enemigo de las ciencias, de la discusion y de los adelantos del linage humano, sin dar á cuantos le escuchasen una triste idea de tan atrasado impugnador. ¿Por que, quién se atreve á tal cosa, despues de conocer el mundo literario las sublimes bellezas del génio del cristianismo, cuya ostension ha inmortalizado el nombre del profundo, y patético Chateaubriand? No, el catolicismo no desecha la discusion, no se opone á los adelantos científicos, por el contrario ama la aplicacion á las ciencias, y desea el trabajo de la discusion: la razon es bien sencilla porque de todo esto ha de salir la verdad, y la verdad es el catolicismo, la verdad es Dios, *Deus veritas est.*

A este compás llegan tambien las ciencias antiguas, los estudios graves, apoyándose en esos otros que halagan mas la imaginacion y los sentidos, porque dirigiéndose todos á un mismo fin aunque por diversas vías, debe reinar entre ellos la fraternidad y armonia de generosos amigos y auxiliares.

Si no temiera abusar de vuestra atencion con cosas demasiado sabidas y comunes, ¡qué largo catálogo de apologistas de la Religion, siempre triunfante en la discusion, como que defienden la verdad, de Filósofos, Teólogos y Juristas podria presentaros, valiéndose no solo de la elocuencia sino de todo género de ciencias y conocimientos humanos, para llevar en sus escritos y en su palabra el aura purísima de la verdad, la Religion y la justicia, que al fin vienen á ser una misma cosa. Pero ni es este el objeto directo de mi discurso, ni sus estrechos límites lo permiten, ni necesita vuestra ilustracion grandes muestras de una erudicion, que sobre poco trabajosa por la abundancia de materiales en este punto, podria tal vez á muchos parecer indigesta. Origenes, San Ambrosio, San Gerónimo, San Alberto el grande entre los antiguos, dedicados á los estudios profundos que sus inmortales obras nos patentizan, fueron un prodigio de ciencia, poseyendo como el que mas en sus respectivas épocas los vastos conocimientos del saber humano, sin que ni la elocuencia, ni la historia, ni la medicina, ni la quimica, ni la poesia, y hasta la música, dejasen de contribuir al grande objeto de almas tan sublimes, que se valian de ellas como

de unas auxiliares, *missit ancillas suas vocare ad arcem*, dijo aplicando á este propósito un texto sagrado, el Angel de las escuelas, el inmortal Santo Tomás de Aquino, que viene espontáneamente á aumentar falange tan veneranda: y entre los modernos, por no ser demasiado difuso, y herir susceptibilidades justas. ¿Quién se atreverá á hombrar con el profundo Lacordaire, con nuestro malogrado Balmes?

Y aquí teneis jóvenes queridos, una de las razones mas propias de vuestra edad para emprender con avidez los estudios que os recomiendo. La gloria, la inmortalidad, ¿no es este el principal estímulo de todos los corazones nobles y generosos como los vuestros? Decidme pues ahora ¿cual es la ambicion por desmedida que sea en este punto, que no se diera por cumplida y satisfecha de ver figurar su nombre al lado de esos genios sublimes que acabo de citaros, y cuya fama y nombradía crece y se eleva al través de los siglos y generaciones? ¿Quién pretenderá mas, á no ser un loco, que formar en esa multitud de sabios, orgullo de su siglo, gloria y consuelo del linage humrno? ¡Y qué gloria, Señores, tan pura, tan envidiable! No es la gloria del conquistador, que derramando á torren-

tes la sangre de sus iguales, cifra su orgullo en estender la base de su trono sobre las ruinas de la independencia, de la libertad de los demas; no es la del guerrero, que siembra por doquier la desolacion y el espanto; es la gloria tranquila, dulcísima, de haber proporcionado á sus semejantes la mejor de las conquistas, la mas apreciable de las riquezas, la ilustracion verdadera, y de consiguiente la virtud, de haber dicho á los hombres extraviados por los defectos de su pobre naturaleza, esto es lo verdadero, eso es lo bueno: es en fin, la de haber imitado en lo posible á aquel sublime y divino Maestro, cuya huella se podia seguir al compás de los himnos de agradecimiento, y del eco de los portentos que obraba solo por hacer bien, *pertransiit benefaciendo*.

Ni es menor el incentivo que ofrecen los estudios graves á la noble ambicion de saber, que busca un campo estenso, latisimo, donde el entendimiento pueda espaciarse, y estender sus vigorosas alas, hasta encontrar el objeto de sus aspiraciones, la verdad. Vosotros genios privilegiados, que sentis en vuestro pecho el noble ardor de tan santo entusiasmo, vosotros que al paso que os vais imbuyendo en los primeros elementos necesarios pa-



ra entrar en el estudio de cosas mayores, sentís la sed insaciable de saber, impulsos irresistibles, voces continuas que os gritan siempre, *adelante, adelante*; que paladeais el inefable placer de descubrir una verdad, una sola verdad, de ver disipada una duda: vosotros á quienes lo vasto de la empresa, lo grande de la tarea, lejos de intimidar, estimula y vigoriza, penetrad conmigo en esas Bibliotecas, en esos depósitos del saber humano, y tomad en vuestras manos cualquiera de esas obras inmortales, verdaderos prodigios de laboriosidad, erudicion y talento, que no solo no se escriben ya, sino que es un fenómeno el que las sabe, y una notabilidad el que las lee; abridlas por cualquiera parte deteneos un momento á reflexionar, que trabajo, que asiduidad, que asombrosa constancia no fué menester aunque solo sea para acumular el prodigioso número de citas que hallareis reunidas hasta un punto casi fabuloso. Y si los infolios de la antigüedad os asustan, tomad á Feijoo por ejemplo, á quien podemos considerar como punto de interseccion entre el saber antiguo y moderno, y allí tambien hallareis el mismo objeto de admiracion y respeto, igual estímulo para decir, grande, vastísimo es este campo donde mi entendimiento puede ha-

llar siempre pábulo digno de su generosa ambicion.

¿Pero y qué me direis de su importancia? Podrá decir alguno, porque si hemos de gastar lo mejor de nuestra juventud en futilidades, se agotarán nuestras fuerzas y caeremos desmayados, sin haber conseguido mas que el amargo desengaño de haber perseguido á un fantasma. Esta objecion queda fácilmente rebatida, con lo mismo que os acabo de decir. He indicado que la verdad, y solo la verdad, debe ser el objeto constante de vuestro anhelo, de vuestro entusiasmo científico, y la verdad no son las sutilezas, las frivolidades, los fantasmas, luego el recomendaros el estudio de las obras clásicas de que he hecho mencion, claro es que se sobreentiende, contando siempre con la prudente direccion de vuestros sabios Maestros, que jamás os dejarán perder de vista el sublime consejo de «*non plus sapere quam oportet sapere sed sapere ad sobrietatem.*»

Bajo este supuesto, ningun terreno mas á propósito para mi intento que este, en que la objecion que acabo de indicar y deshacer me ha colocado. ¿Buscais la importancia, preguntais la utilidad, deseais saber si hay necesidad de los estudios graves y serios? Ved pues como yo os decía la verdad, que



esta es su mejor defensa. Deteneos un momento, reflexionad, y no habrá nadie que diga que necesita contestacion. Todos os la habiais dado ya interiormente. A nadie pues le quedará la menor duda de la importancia y utilidad de los estudios que el Reglamento vigente señala con los nombres de Psicología, Lógica y Ética, en la 2.^a enseñanza, Filosofía y su historia en el título de esta facultad, y todos los demas ramos comprendidos bajo las de Jurisprudencia y Teología; y ved aquí los estudios á que precisando la cuestion, vengo aludiendo en todo mi discurso, y á que me tengo que concretar, no porque los demas no merezcan todos los honoríficos conotados con que á estos he designado, por la necesidad de comprenderlos con algun nombre genérico, sino porque mas abstractos, y mas teóricos, en cierto modo, ni cuentan tan de lleno con los placeres de la imaginacion que los estudios de la Literatura proporcionan, ni con los auxilios prácticos, que encantan la vista con los adelantos, y experimentos de las ciencias naturales y fisico-matemáticas: prescindiendo por otra parte de algunos otros, aun de los que en lo antiguo se designaban con el honorífico conotado de Facultades mayores, como la Medicina, por ser indispensable circunscri-

birme á los que se enseñan en esta Universidad.

Empezando pues la ligera reseña (que no cabe otra cosa) de estos estudios por el orden que los he mencionado. ¿Quién puede desconocer la necesidad del estudio de la Psicología y Lógica? Solamente el que sea capaz de decir que el espíritu, ó no existe, ó no tiene la importancia que los seres materiales; y que la verdad es una quimera, que nada hay cierto en el mundo: y si bien es indudable que no ha faltado quien haya propalado tales absurdos, pues no hay ninguno que no haya sido sostenido por algun filósofo malamente llamado tal, tambien lo es que esas quimeras están ya relegadas felizmente entre nosotros á la historia de la Filosofía, á las crónicas de las aberraciones á que ha conducido el entendimiento humano el vértigo de la vanagloria, el afán de la singularidad. Si pues la verdad existe, si podemos llegar á conocerla, si para eso se nos ha dado el entendimiento, la antorcha brillante que nos señale el camino, que nos muestre los medios de distinguirla del error, de la falsedad, ha sido siempre, es y será indispensable, y tanto mas cuanto mayores sean los escollos que evitar, los errores que combatir.

La Psicología que nos enseña la naturaleza del



alma y sus facultades, á observar la fundamental distincion del *yo*, y del *no yo*, nos conducirá al conocimiento de verdades tan profundas como trascendentales: que tanto mas adelantaremos en el descubrimiento de la verdad por medio de las facultades de nuestra alma, cuanto méjor conozcamos la naturaleza de esta, y por decirlo asi, como su fisonomía: que los principios fundamentales de los fenómenos del espíritu son tan ciertos como los de las ciencias naturales: y en fin que siendo el objeto de este estudio nuestra alma tal como salió de manos del Criador, y no como algunos filósofos se la quisieron forjar, el único medio de llegar á su conocimiento es la asidua observacion de los fenómenos espirituales. Ved ahora si la ciencia, que enseña estas, entre otras muchas verdades, es ó no útil, es ó no necesaria al hombre de letras.

Y ademas ¿no se comprende fácilmente su utilidad como estudio preliminar á la moral filosófica? ¿Cómo sin conocer la naturaleza y facultades del alma es posible formar idea exacta del fin del hombre, de su destino en este mundo, y de los objetos á que debe dirigir sus acciones? Y ved aquí tambien el grande objeto de la Etica, asi como de los conocimientos elementales de nuestra divina Reli-

gion que se prescriben á los alumnos de 2.^a enseñanza con los nombres de doctrina cristiana é historia del antiguo y nuevo Testamento.

Hemos llegado Señores á la parte mas principal, á la mas imprescindible de la instruccion de la juventud. En vano será que engalaneis su entendimiento con todos los adornos del saber humano: en vano que podais presentar unos hombres llenos de esa ciencia que hincha, que ensoberbece, al paso que la caridad de Dios edifica. Si no habeis formado su corazon segun las leyes de la sana moral, si no habeis destilado en él con vuestras palabras y vuestro ejemplo el bálsamo purísimo de la virtud, habeis perdido el tiempo, habreis formado un ser ataviado en su exterior con gran pompa y galanura, pero en su interior, corrompido, envenenado. Mas todavía, habeis hecho un gravísimo perjuicio al mismo, y á la sociedad entera; porque nada hay mas perjudicial que la instruccion y talento de un hombre corrompido. ¡Ojala que la historia no nos presentára tantos y tan recientes ejemplos de esta triste verdad! Pero al mismo tiempo, cuán bello y consolador no es ver que el Gobierno de la católica España haya seguido en esta parte el consejo divino, la verdad eterna tan repetida, é inolvidable, de que el prin-

cipio de la sabiduría es el temor de Dios. Efectivamente desde los primeros años de la enseñanza universitaria se prescriben ya las asignaturas de doctrina cristiana para ir infiltrando en los tiernos corazones de los alumnos las máximas fundamentales de la purísima moral evangélica, y la historia del antiguo y nuevo Testamento para ir cautivando sus imaginaciones vírgenes con los cuadros encantadores de la Sagrada Biblia, fuente riquísima é inmejorable de bellezas, de poesía, como todo el mundo reconoce, y singularmente acredita el casi inspirado cantor de los Mártires; libro de los libros, que ha arrancado nada menos que á Rousseau esta importante confesion. «La santidad del Evangelio habla á mi corazon. Recorred los hinchados libros de los filósofos ¡cuán pequeños os parecerán comparados con este!

Así preparados los alumnos entran en el último año de la 2.^a enseñanza á ocuparse mas por extenso de la ciencia de las costumbres, de la Etica, ocupando un mismo curso con la Psicología y Lógica, union que patentiza el noble y profundo fin de que caminen de consuno tan importantes estudios, de que se desplieguen al mismo tiempo y con igual tendencia las alas del entendimiento y las del corazon

hácia el último objeto de todos sus afanes, la verdad y la virtud. ¿Qué cosa, pues, podrá darse mas útil, mas necesaria que la que conduce á tan nobles fines? ¿Y qué estudios mas útiles que los que combaten tantos y tantos errores, sumamente perjudiciales, tantos sistemas erróneos inspirando la verdadera idea de lo justo y de lo injusto, á que vá siempre unida la del deber ú obligacion moral, pasando luego de esta parte teórica á la práctica, ó sea la clasificacion de los tres grandes deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo, y para con los demas, que es la mejor de cuantas se han intentado?

El hombre criado á imágen y semejanza de Dios, es el único entre todos los seres animados de este mundo, capaz de observar que todas sus facultades tienen una tendencia marcada á la felicidad y perfeccion de su naturaleza, y de obrar de un modo conforme ó contrario á este destino. La ciencia pues que le dirija en tan importante camino, es imprescindible.

Respecto á la asignatura de Filosofia y su historia prescrita para el 5.º año de la facultad de este mismo nombre, encontramos ya un campo mas dilatado, un horizonte vastísimo, en que imbuido el



entendimiento de los jóvenes de las nociones elementales indispensables al efecto, tiene que redoblar su aplicacion y trabajo, y sentir al propio tiempo en mayor escala los encantos de la ciencia. Solo el abuso que desde remotos siglos se ha venido haciendo del honroso renombre de Filósofo, y la multitud de sectas, de errores proclamados por sofistas que malamente usurpaban tan noble conotado, es un estudio tan digno como interesante, especialmente en un siglo en que tal importancia se dá á la Filosofía, restablecida ya con gloria por los adelantos que en ella se han hecho á su verdadera significacion, y depurada de la fatal sinonimia de impiedad, con que no ha mucho tiempo hacían confundirla escritores sin fé y sin virtudes.

¿Y que os podré yo decir de la Jurisprudencia? ¿Necesitará acaso esta nobilísima profesion de mis débiles elogios? ¿Tendré necesidad de repetir lo que tantas veces habeis oido y leido, y lo que está ya, á no dudarlo, en la conciencia de todos? La ciencia del derecho, el sacerdocio de la justicia ha sido siempre desde los siglos mas remotos, y no puede dejar de ser, la ocupacion de los hombres mas sabios, de las ambiciones mas nobles, de las almas generosas. ¡Cuán noble y elevada es la misión del

Magistrado que con sus fallos decide de los intereses, de la libertad, de la vida, del honor de sus conciudadanos! ¡Cuán bella la del Abogado á cuya direccion se confia la defensa de tan caros objetos! Si pues en todo tiempo ha sido su estudio tan importante, reflexionad un momento el prodigioso vuelo que en los últimos tiempos le han dado con su aplicacion, con sus descubrimientos de preciosos y antiquísimos monumentos del saber antiguo, los hombres mas eminentes de Europa, especialmente de Alemania y Francia: pasad solo la vista por el conjunto de estudios que para dicha facultad se prescriben, y decidme luego, sino es grande, sino es importante, sino es digna de vosotros.

Concluyo Señores con la Sagrada Teología madre y señora de todas las facultades, cuyas blancas insignias contemplo ya en este recinto con indecible júbilo despues de algunos años de una dolorosa supresion, y cuyo saludo he guardado de propósito para este lugar con el objeto de dar el mas cumplido parabien á esta Illma. Corporacion de ver restablecidos en su seno los dignos depositarios de la ciencia del dogma y de las verdades eternas. Bien venida la cándida grey de los sabios profesos-

res de la ciencia que inspira los mas sublimes pensamientos, y arrebatada al espíritu elevándolo á las mas altas regiones. Gracias al ilustrado Gobierno que ha devuelto á las Universidades tan digna, tan respetable facultad. Seguid pues queridos comprofesores repartiendo á vuestros alumnos el pan de la doctrina, de esa ciencia sublime, que apoyándose en la infalible palabra del mismo Dios, ni combate ni desoye, antes al contrario, aprovecha con feliz éxito la ayuda de la razon: formad dignos ministros que conserven ilesa, inmaculada, el arca santa de nuestras creencias.

Ved aquí Señores la última y mas concluyente demostracion de la importancia y necesidad de los estudios graves, y sérios. Si la verdad es el objeto esclusivo del entendimiento, y la virtud, del corazon de todo hombre que de buena fé se dedica al estudio de las ciencias, ¿podrá nadie llegar á la verdad separándose de Dios? No, porque Dios es la verdad por esencia. ¿Puede hallarse la felicidad, el bien fuera de Dios? No, porque *nemo bonus nisi solus Deus*.

Concluyo pues exortándoos como al principio á que emprendais estos estudios segun vuestras carreras respectivas con decision y con brío, no con

hastio, no como un trabajo que solo proporciona fatigas, sino como una cosa provechosa, nobilísima, importante y digna de vosotros. Ni se crea que esta aplicacion á que os estímulo, tiene nada de exclusiva. Lejos, muy lejos de eso: conozco la importancia de los otros ramos del saber humano, admitidos ya, afortunadamente, entre nosotros; pero sus mismos encantos, la diaria observacion de sus propios adelantos los recomiendan ya bastante, y prestan por si solos el suficiente halago para la juventud. Por eso, sin retraeros de estos, os inculco la necesidad de aquellos, formando asi un conjunto, una hermandad, entre unos y otros, que en este y en todos los ramos, es el gran deseo del género humano, y la marcada tendencia de los sábios que lo ilustran.

Lanzáos, pues, en buen hora en esa senda de progreso irresistible con que los adelantos modernos sorprenden al mundo con los prodigios de la electricidad y del vapor; saboread los placeres purísimos de la poesia y la elocuencia; enriqueced vuestro entendimiento con los conocimientos auxiliares de tales estudios; pero iluminadlos siempre con la antorcha de la fé: no creais que con aquello os basta; otros estudios son tan precisos como os he

demostrado: y si despues de haber llegado á la cumbre del saber humano, despues de haberos puesto á la altura de todos los adelantos de las ciencias modernas, quereis un preservativo para que vuestra cabeza no se desvanezca, y vuestra fè no se debilite, haceos solamente esta reflexion: que el hombre mas sabio no ha podido añadir un codo á su estatura, ni prolongar un solo dia su ecsistencia, ni aun conoce siquiera las causas que se la abrevian, y sino mirad que apurados andan los sabios del mundo con esa terrible enfermedad que diezma al género humano, sin acertar á convenirse ni aun en el constitutivo esencial de su mortifero influjo. El hombre mas sabio es aquel que vé mas distante de sí el rádio de su saber, y conoce que es inmenso el espacio que le falta que recorrer. No seria cuerdo el hombre que se envaneciese con los triunfos de su ciencia; y en su orgullo quisiera desconocer á Dios. Jóvenes estudiosos ¿quereis evitar ese escollo? Pues imprimid en vuestros tiernos corazones con caracteres indelebles aquellas palabras del sábio por excelencia, del Divino Maestro «*Discite á me quia mitis sum et humilis corde.*»

HE DICHO.

